

CARMEN CONDE, DESDE MURCIA

A finales del siglo pasado Emilia Pardo Bazán provocó una nueva polémica que sumar a la anterior, suscitada por la misma autora, al editar en 1883 *La cuestión palpitante*. La nueva *cuestión* era la que, en forma de cartas publicadas en la revista *La España Moderna* y dirigidas a la escritora Gertrudis Gómez de Avellaneda, presentó la condesa de Pardo Bazán como *La cuestión académica*.

En la polémica entonces provocada intervino, en 1891, el novelista Juan Valera que ya antes había figurado como antagonista de la condesa, al dar la réplica a *La cuestión palpitante* con sus artículos sobre el *Arte nuevo de escribir novelas*. Ahora, en 1891, publica un desenfadado folleto con el título de *Las mujeres y la Academia (Cuestión social inocente)*. Envuelta entre observaciones bienhumoradas y aparentes galanterías, los artículos de Valera suponían una negativa rotunda frente a las posibilidades de que Emilia Pardo Bazán o cualquier otra mujer llegara a ocupar un sillón en la Real Academia Española de la Lengua. Menéndez Pelayo celebró la aparición de tal folleto en una carta dirigida a Valera, en la que consideraba que "si a doña Emilia, después de leerlo, le quedan ganas de renovar su estrafalaria pretensión, demostrará que no tiene sentido común".

Ha tenido que pasar casi un siglo para que la que aquellos ilustres académicos de finales del XIX calificaban de "estrafalaria pretensión", haya perdido tal carácter, convirtiéndose en una realidad que sólo elogios y entusiasmo ha provocado en todas partes.

El que haya sido una escritora murciana, ilustre colaboradora de MONTEAGUDO, la que ha conseguido entrar en la Academia, ha de llenar de satisfacción a cuantos en esta tierra, de cerca o de lejos, prestan al-



guna atención a la actividad cultural, literaria, sobre todo cuando ésta se centra en un acontecimiento de la magnitud del que ahora comentamos.

Para toda Murcia, y en especial para Cartagena, ciudad natal de Carmen Conde, supone un motivo de orgullo hacer llegar a esta escritora —una de las voces más importantes en la historia de nuestra lírica— un testimonio de homenaje y admiración, en estas fechas gozosas en que su setenta cumpleaños coincide con su ingreso en la Academia de la Lengua, cuando Carmen Conde aún sigue escribiendo y publicando libros, definiendo así toda una trayectoria de fidelidad y entrega al hacer poético, que se inició en 1929 con la publicación de *Brocal*, un libro de poemas en prosa.

El año de 1962 supone, en la historia de las publicaciones poéticas de Carmen Conde, una fecha importante, referida a su vinculación con Murcia; al publicarse aquí dos muy bellos libros de poesía: *Los poemas de Mar Menor* y *En la tierra de nadie*.

Fue publicado el primero por la Cátedra "Saavedra Fajardo", en edición de gran formato, con espléndidas ilustraciones del gran pintor murciano Antonio Hernández Carpe y con fotografías de Abellán, relativas todas ellas a aspectos del tema cantado por Carmen Conde, el Mar Menor; ligado afectivamente a tantos recuerdos de la autora. Frente a sus tranquilas aguas, Carmen Conde desplegó un bello repertorio de temas poéticos, abarcando tanto los aspectos del paisaje —así, *Los molinos de vela*, *Entre la playa de la Horadada* y *el Puente de la Greda*, *Luna en Mar Menor*, *Veinte de Setiembre en las Encañizadas*—, como los personajes que en él viven: *El Patrón "Meño"*, *Albañiles en Mar Menor*, etc.

En el mismo año, y también en Murcia, en una colección dirigida por el pintor Ceferino Moreno, apareció el libro de poesía *En la tierra de nadie*. Figuraban en él un retrato de Carmen Conde, hecho por José Planes, y un dibujo de Manuel Muñoz Barberán, ambos de gran belleza y expresividad. La autora puso al frente del libro una breve autobiografía, tras la cual iba un prólogo mío, en el que traté de precisar el alcance y sentido de los poemas presentados. En ellos —o en él, puesto que el conjunto vendría a ser como un relativamente extenso y único poema, dividido en quince breves y densos trechos poéticos— creí ver "un tono deliberadamente monocorde, capaz de dar a la obra la severa y pura musicalidad de un canto antiguo, ritual; de un casi rezo o salmodia que, poema tras poema, se intensifica y acendra al repetirse su estructura, al reiterarse el verso o invocación inicial: *En la tierra de nadie*... La disposición estrófica de los poemas, su no alterada simplicidad, su sencillísimo y tradicional juego de rimas, la



fuerza de los contrastes expresivos, dan al libro una mezcla de tensión y de serenidad que se diría definen lo que es esa tierra de nadie, hecha de soledad y de amor, de apartamiento y de solicitud, de renuncia y de esperanza”.

A mi parecer, el título del libro y su sentido quedaban definidos por la identificación de *la tierra de nadie* con el dominio propio del poeta:

“Tan contrastado, tan combatido dominio es la tierra del poeta esencial, su residencia y su patria, paisaje hecho de dulzuras y esperanzas, de luto y de lumbre, de fango y de viento”.

Creo que, pasados los años y vistos desde Murcia, estos dos libros de Carmen Conde expresan lo que su tierra natal supuso siempre para la autora, y definen, de algún modo, lo que Murcia ha sentido siempre y sigue sintiendo por la más admirable de sus escritoras.

El que ahora esta escritora haya pasado a ser protagonista de un hecho decisivo en la historia de nuestras letras —el acceso de una mujer a un sillón de la Real Academia Española de la Lengua— explica el que, hoy, las páginas de MONTEAGUDO expresen a Carmen Conde su permanente afecto, admiración y gratitud.

